

El tiro no podía ser más directo contra María Estuardo; mas no era, sin embargo, sino un mero diseño de lo que la Reina Isabel deseaba y de lo que no tardó mucho en conseguir. Contagióse también el Parlamento de todos aquellos temores populares, y deseando proteger con más eficacia todavía la vida de la Reina y asegurar más fuertemente el arraigo y progreso de la Reforma, publicó una de las leyes más inicuas y extraordinarias que han existido jamás en país alguno del mundo. Confirmaba esta ley y daba fuerza legal á la *Liga de ciudadanos* para defender la vida de la Reina, y añadía también, «que en el caso de levantarse alguna rebelión en el reino ó maquinarse algún atentado contra la persona de S. M. *por alguna persona ó en favor de alguna persona* que tuviese pretensiones á la corona, podría la Reina nombrar un tribunal de veinticuatro ciudadanos para examinar, juzgar y sentenciar estas ofensas y daños; y una vez sentenciados, publicárase un decreto declarando excluidos de todo derecho á la corona á todos los culpables que lo tuviesen, y podrían legítimamente todos los súbditos de S. M. perseguirles *hasta la muerte* á ellos y á sus instigadores y cómplices. Á fin, todo esto, de que si llegara á cometerse algún atentado contra la vida de la Reina, jamás pue-

da heredar la corona la persona que lo haya cometido ó *aquella otra en cuyo favor se haya cometido*, ni tampoco sus descendientes, cómplices en cierto modo del crimen, y puedan ser todos ellos *condenados á muerte*».

Con esta ley echó Isabel los cimientos al cadalso que preparaba para María Estuardo. Hacían responsable por ella á la Reina de Escocia de todos los actos de sus parciales, y aun de los de cualquier enemigo que quisiera tomar su nombre; bastaba, pues, cualquiera conspiración real ó fingida, cualquiera intentona urdida á espaldas de María y aun contra su voluntad y con su prohibición misma, para hacerle perder á ella sus derechos á la corona de Inglaterra y poner su cabeza bajo el peso de aquella ley. El camino era inicuo y torcido; pero fácil y seguro, y no vaciló Isabel en seguir por él adelante.





IX

**Q**UEDARON, pues, al acecho Isabel y sus ministros, y los espías de Walsingham se extendieron por todas partes á caza de tramas y conspiraciones, como bandada de arañas venenosas, encargadas de tender los hilos en que había de enredarse y perecer la desdichada Reina de Escocia. En París, en Roma, en Madrid, en los Países Bajos, en las Embajadas acreditadas en Londres y hasta en el Seminario de Reims, arca santa donde se educaba la flor y nata de la juventud católica inglesa, supo Walsingham buscar y encontrar los traidores que le ayudaron en aquel último acto del drama, cuyo desenlace había de ser la sangrienta escena de Fotheringay.

Era irritante y curioso seguir, como se seguirían las evoluciones y vaivenes de una manada de lobos hambrientos, que rodean, estrechan y se arrojan al fin sobre un ciervo herido, la astuta y pérfida estrategia de Walsingham y su vil cohorte en torno de la real prisionera de Tutbury. Este castillo, situado en una extensa llanura del condado de Stafford, combatido por todos los vientos, agrietados y ruinosos sus muros, desmantelado en su interior, húmedo, frío y malsano, pareció entonces la oscura tumba escogida para la desdichada María Estuardo. Y era tal la dureza con que la trataban y tan grande la miseria en que la tenían, que la quitaron la carroza y los caballos de que se servía en Sheffield, y fué necesaria la intervención nada menos que del Embajador de Francia, para procurarla un colchón de plumas, en que pudieran descansar sus miembros doloridos y agarrotados por el reuma.

Agravaron sus pesares por Mayo de este mismo año del 85, destinando á su guarda á Sir Amyas Paulet<sup>8</sup>, rígido puritano y cruel perseguidor de los católicos, cuyo retrato ha trazado él mismo en una sola frase escrita de su mano. Corrió por el mes de Junio la falsa nueva de que la Reina había intentado evadirse de Tutbury, y Paulet escribió á Cecil: «María no puede

evadirse sin un gran descuido de mi parte; y podéis estar tranquilo, porque aun en el caso de que me ataquen violentamente, *ya cuidaría, con la gracia divina, de que muriese ella antes que yo*». No la permitía, en efecto, pasearse las pocas veces que estaba en disposición de hacerlo, sino en su propia compañía, y escoltada por dieciocho hombres que llevaban las pistolas montadas en la mano. Las precauciones de que la rodeaba eran por otra parte tan grandes y enojosas, que hasta llegó á prohibirle dar limosnas á los pobres de la aldea, como tenía la buena Reina por costumbre donde quiera que se hallaba.

Imposible era por lo tanto á María mantener desde Tutbury correspondencia alguna con sus amigos, é imposible resultaba también, por lo mismo, que pudiera complicársela en las conspiraciones que éstos urdían en el continente, y de las cuales ya tenía Walsingham noticia. Así lo reconoció al cabo Isabel misma, y tuvo entonces una de sus ondulaciones de culebra. Trasladaron á María de Tutbury á Chartley, en el mismo condado de Stafford, pero castillo este amplio, bien saneado, con extenso y frondosísimo parque, y proporcionáronle allí comodidades, que con ser harto menguadas, bastaron sin embargo para reponer su salud algún tanto.

Dióse al mismo tiempo á Paulet la orden de que, sin descuidar en nada la vigilancia de María, se hiciese sordo y ciego para todo lo referente á su correspondencia, y aun le proporcionara con disimulo ocasiones de despacharla. Una vez dado á la pobre mosca espacio para volar, agazapóse la araña en su agujero y tendió sus repugnantes hilos.

Había en los alrededores de Chartley una granja deliciosa, con un molino concurridísimo, propiedad todo ello de un anciano llamado Gifford, que padecía entonces por la fe encerrado en la Torre de Londres. Allí tenía su nido la araña: mas no era ésta, sin embargo, ningún barbudo puritano como Amyas Paulet, ni algún torvo sicario de los que empleaba el maternal gobierno de Isabel en arrancar las entrañas á sus súbditos católicos. Era, por el contrario, un joven barbilampiño, sereno, sonriente, candoroso al parecer, y por desgracia, sacerdote católico, traidor á su fe, á sus amigos y á sus juramentos. Gilberto Gifford, que así se llamaba este verdadero Iscariote, había estudiado desde los doce años en el Seminario de Reims y ordenándose allí de presbítero: su candorosa y juvenil apariencia, su agudo ingenio, su admirable sangre fría y el fervoroso entusiasmo que aparentó siempre por la causa de la Reina de Esco-

cia, conquistáronle el cariño y la confianza del famoso Dr. Allen <sup>o</sup>, Rector del Seminario. Presentóle éste en París al Arzobispo de Glasgow, y cuando Gifford volvió á Inglaterra después de ordenado, llevaba cartas de ambos personajes para el Embajador de Francia y para María Estuardo, recomendándole á los dos como la persona más acta, por su juventud, habilidad é insignificancia, para servir de intermediario en la correspondencia de la Reina con sus amigos del continente, sin despertar sospechas ni llamar la atención de nadie. Cuál fuese el momento preciso en que este pérfido hipócrita se vendió en cuerpo y alma á Walsingham, no podemos precisar: es lo cierto, sin embargo, que cuando la Reina de Escocia llegó á Chartley, ya se hallaba Gifford instalado en la granja de su padre, y tenía dispuesta allí la complicada red en que había de quedar presa la deseada víctima.

Gifford no entró nunca en el castillo de Chartley, ni habló jamás, ni vió de cerca á María Estuardo. El medio de que se valía, según él dijo, para enviar las cartas de la Reina á la Embajada de Francia, punto central de toda la correspondencia, y para hacer llegar las depositadas allí á Chartley, era el siguiente: Había entre la granja de Gifford y el castillo de Chartley, una fábrica de cerveza cuyo dueño, católico y par-

tidario de María, era al mismo tiempo amigo de Gifford. Llevaban todas las semanas en un carrito, de la cervecería al castillo, un barril de cerveza destinado al consumo de la Reina y su servidumbre. Logró, pues, Gifford, con ayuda del cervecero, hacer un doble fondo en el barril de cerveza, y allí depositaba una caja de madera en que iban las cartas. Al llegar el carrito á Chartley, el dispensero de la Reina, Didier Siffard, hombre fiel á toda prueba, sacaba la cajita del barril y la entregaba á Nau, el secretario francés de María, para que la hiciese llegar á manos de ésta. De igual modo y por el mismo conducto salían de Chartley las cartas de la Reina y llegaban á la fábrica de cerveza, donde las recogía Gifford y las llevaba él mismo, ó las remitía por medio de algunos amigos católicos á la Embajada francesa.

Ocultábase sin embargo, en todo esto, una infame superchería: las cartas entraban y salían en efecto en Chartley como Gifford aseguraba; mas antes de enviarlas á sus respectivos y últimos destinos, llevábalas el mismo Gifford á Walsingham, y éste las hacía abrir por Arturo Gregory y descifrar por un tal Phelipps, malvados ambos muy peritos en el arte de falsificar, descifrar, abrir y cerrar cartas con la más grande habilidad y el más refinado disimulo.

Una vez enterado Walsingham de toda la correspondencia, dábale curso por los mismos medios que el pérfido Gifford proporcionaba.

De este modo pudo Walsingham seguir paso á paso la conspiración en Francia, y dejarla extender sus ramificaciones por Inglaterra, bajo su inspección misma y sin ningún peligro, hasta llegar el momento oportuno de detenerla y desbaratarla, y perder á los que realmente habían intervenido, y á los que querían envolver en ella sus malvados cálculos. Difícil es separar en esta última conspiración, que podría llamarse la postrera escaramuza de ambas Reinas, lo realmente verdadero de lo que inventó é interpoló en ella la pérfida malicia de Walsingham. Es cierto que Felipe II, Gregorio XIII y el Duque de Guisa renovaron por aquel tiempo, con más ahinco que nunca, su antiguo proyecto de invadir la Inglaterra, liberrar á María Estuardo y restablecer el catolicismo en ambos reinos, contando con el apoyo de los católicos ingleses y también con el de los de Escocia, á cuyo frente se hallaba Lord Claudio Hamilton. Hallábase el centro de la conspiración en París, y eran alma de todo ello D. Bernardino de Mendoza, Embajador allí de Felipe II, el Arzobispo de Glasgow, representante de la Reina de Escocia, y el propio Duque de Guisa.

Es también cierto que María Estuardo, llena de amargura y de zozobra por la conducta de su hijo, que desde el destierro del Duque de Lennox parecía entregado en cuerpo y alma á la Reina de Inglaterra, aceptó la conspiración y entró en ella y la animó, ofreciendo á Felipe II nombrar Regente de Escocia á Lord Claudio Hamilton, y enviar á su hijo el Príncipe Jacobo á España ó Roma, para que allí tratasen de volverle á la fe católica y pudiera de este modo reinar después de ella, y sobre todo, salvar su alma. «Lo cual, escribía la Reina, me importa más que verlo monarca de toda la Europa... Mi corazón se llena de pesar y de temores, cuando pienso que podría dejar detrás de mí un tirano y un perseguidor de la Iglesia católica».

Dícese también (y á nuestro juicio comienza aquí el embrollo) que después de algunos desacuerdos entre los conjurados de París y Londres, convínose en no proceder á la invasión hasta haberse desembarazado antes de la Reina hereje; para lo cual salieron de París con dirección á Londres dos comisionados, Juan Savage, que había de perpetrar el delito, y Juan Ballard que le aconsejaba y animaba: el primero, inglés de nación, había servido como oficial á las órdenes del Duque de Parma, en el ejército español de los Países Bajos; y el

segundo, también inglés, era un sacerdote entusiasta y hasta fanático, que conocía palmo á palmo toda Inglaterra.

Desde este momento bifúrcase la conspiración en dos tramas distintas, urdida una en el continente y otra en Londres mismo. Tenía por objeto la primera reclutar aventureros y buscar los aprestos necesarios de gente, armas y metálico, para la invasión proyectada; y era el de la segunda maquinar la libertad de la reina católica y la muerte de la reina hereje.

De ser cierta esta última parte, ocultóse cuidadosamente á la Reina de Escocia, según opinión de todos los autores, así protestantes como católicos, *hasta la famosa carta de Babington*, el simpático y desdichado Tony, cuyo nombre llena por completo esta última página de la historia de María Estuardo.





X

**F**AMOSAS eran en aquel tiempo, entre la gente moza de la corte, las fiestas que daba Anthony Babington, á pocas millas de Londres, en sus tierras de San Gil. Había allí una torre antiquísima, negra, fuerte y amenazadora aún, que rodeada entonces de inmenso parque y caprichosos jardines, parecía un viejo guerrero, descansando desarmado sobre las coronas y laureles ganados en otra edad.

À fines de Mayo de 1586, las fiestas de Tony Babington, que así le llamaban sus amigos, parecieron multiplicarse. À diario casi llegaban de Londres arrogantes caballeros, montados en briosos alazanes, con todo el lujo, garbo y bazarria que se estilaba entonces en la corte de

Inglaterra. Venían, sin embargo, uno á uno y sin aquel aparato de criados y acompañamiento, que era en aquella época costumbre de los señores; lo cual extrañaba á muchos y hacíase sospechoso á no pocos. Veíaseles atravesar á escape el frondoso parque, detenerse un momento ante la maciza puerta férreamente claveada, dar por un estrecho ventanillo una especie de contraseña y desaparecer al cabo por el negro boquerón, que volvía á cerrarse tras ellos, como si temiese dejar escapar los secretos que guardaba. Parecían todos aquellos proceder demasado imprudentes para conspiradores, y harto misteriosos para gente joven que tratara solo de divertirse. Por desgracia eran una y otra cosa, y aquella amalgama de valor y de imprudencia, de abnegación y de temeridad, no tardó en producir funestos resultados.

El día 6 de Junio hallábanse reunidos en el suntuoso comedor de Tony Babington doce de sus mejores amigos: eran todos ellos jóvenes, nobles, ricos, y á juzgar por la magnificencia de sus joyas y sus trajes, de lo más presumido y elegante que pudiera encontrarse entonces en las galerías y salones de Windsor ó Greenwich. Llamábanse Tomás Salisbury, Carlos Tilney, Eduardo Windsor, Chidioc Tichbourne, Eduardo Abington, Roberto Gage, Juan Traverz,

Patricio Barnwell, Juan Charnock, Enrique Dun, Juan Jonez y Roberto Polly.

Había encima de la mesa un magnífico salero cincelado, de casi medio metro de altura, que representaba al gigante Briareo ofreciendo con sus cien manos de plata sal y especias á los convidados. Tony y sus amigos hallábanse sentados en la parte superior de la mesa, y más abajo del gran salero había otros cuatro personajes de rango inferior, según era costumbre entonces en los convites de la nobleza. Eran éstos el secretario y el intendente de Babington, el mayordomo de San Gil, y un tal Maud, hombre misterioso que había venido de Francia con Juan Ballard y poseía toda la confianza de éste.

Despidió Tony Babington á estos cuatro personajes una vez terminada la comida, y los trece amigos pasaron entonces á una sala vecina, que pudiera muy bien llamarse la *sala de los secretos*. Era ésta una gran pieza entrelarga, revestida toda desde el suelo hasta el altísimo artesonado de ricas maderas oscuras admirablemente trabajadas y pulidas. Destacábanse sobre este sombrío fondo grandes candelabros de plata de un solo brazo, con hachas de cera virgen, empotrados á lo largo de los cuatro muros, y seis cuadros de gran valor, de los cuales



era notable y se hizo célebre más tarde el que se hallaba en el centro. Hallábanse representados en éste los trece caballeros que allí estaban, retratados todos con la mano derecha en alto, como en actitud de jurar algo. En medio de ellos y como recibiendo aquel juramento, veíase la simpática figura de Tony Babington, tal como era entonces: un gallardo mozo de treinta años, de fisonomía altiva y picante, cuerpo admirablemente hecho, ojos azules y cabello rubio cortado, dejando un erizado copete sobre la despejada y hermosa frente. Tenía en el retrato ropilla y capa de terciopelo carmesí con bordados y pasamanería de oro, rizada gorguera, aretes con dos grandes perlas en las orejas, y toca igual al traje con plumas blancas y una cadena de oro que le daba tres vueltas, cerrándose con una medalla de oro á guisa de broche <sup>10</sup>.

Por debajo de este simbólico grupo leíase esta lacónica inscripción, que se prestó luego á torcidos comentarios é interpretaciones funestas: *Usque ad mortem*. «Hasta la muerte...» ¿Qué juraban, en efecto, aquellos valientes y leales aturcidos en aquel misterioso retrato?... ¿Juraban tan solo que su amistad sería siempre fiel y constante hasta el último momento, como sostuvieron ellos en su proceso, ó juraban defender

á María Estuardo hasta la muerte de Isabel, como sus enemigos pretendieron y declararon más tarde?...

Había también en uno de los extremos de la gran pieza y á mediana altura, una especie de tribuna ó balcón que cogía todo un frente, primorosamente tallado y dispuesto para los músicos; y en el otro lado veíase una gran mesa de macizo roble, con todos los juegos de entretenimiento que se usaban en aquella época. Habían llegado mientras tanto, con muy corto intervalo, otros dos nuevos personajes de muy distinta catadura de los que ya se hallaban congregados. Fué el primero, un hombre ya maduro, que á pesar de sus lujosos vestidos y quizá por eso mismo, no podía disimular la burda trama del soldado aventurero de los tercios de Flandes, valiente y fanfarrón, procaz y desgarrado. Parecía ser el otro, por el contrario, mucho más de lo que revelaba su viejo jubón de piel rojiza y sus calzas de paño remendadas: traía dos largos cuchillos pendientes del cinturón de búfalo, á uno y otro lado, y escapábanse de su caperuza de piel de oso largos mechones grises, que venían á sombrear una fisonomía enjuta, inteligente y no del todo desagradable. El primero era Juan Savage, el antiguo soldado del Duque de Parma; y el segundo Juan Ballard.

el sacerdote errante y perseguido, que adoptaba cada día un disfraz distinto.

Recibióles la alegre compañía con extremos muy cariñosos, y procedióse entonces, después de cerradas todas las puertas, á una extraña ceremonia, un poco teatral sin duda, pero de muy alto significado. Apretó Babington un resorte oculto en las ensambladuras del maderaje, y cedió un tablero rechinando: detrás apareció en una especie de nicho con las armas de Inglaterra y de Escocia, un magnífico retrato de María Estuardo, en todo el esplendor de su juventud y su belleza. Vitoreáronle aquellos locos entusiastas, que se jugaban la cabeza, como si la misma Reina de Escocia se hallase presente, y Babington abrió entonces otro escondite, muy común en aquella época en las casas católicas de Inglaterra. Hizo girar por medio de otro resorte el tablero central que había debajo de la tribuna, y dejóse ver un riquísimo oratorio, todo de terciopelo azul, con un Cristo sobre el altar y una imagen de Nuestra Señora. Allí había celebrado la santa Misa durante mucho tiempo el famoso jesuíta Guillermo Weston<sup>11</sup>, preso á la sazón en la Torre de Londres, y de ahí que quisiera más tarde complicarle Walsingham en el proceso de Babington.

Entonces, ante aquellos dos grandes símbo-

los del altar y del trono, expusieron Ballard y Tony Babington el estado general de la conspiración y la necesidad urgente que había de proceder al reparto de papeles, y de poner con grande ánimo y completa abnegación de la vida, manos á la obra que había de transformar por completo la Escocia y la Inglaterra. Querían todos en su caballeresco entusiasmo, ser los destinados á libertar á la Reina de Escocia, y convinieron al cabo en que lo decidiera la suerte. Sorteáronlo allí mismo, en la mesa de juego que en la sala había, y fueron los favorecidos Babington, Charnock y Gage; lo cual acogieron ellos con grandes exclamaciones de entusiasmo.

Dícese, y nótese que al decir *dícese* queremos indicar siempre que lo dijeron más tarde Walsingham y sus secuaces, que en aquella misma sesión de la Torre de San Gil se sortearon luego los que habían de ayudar á Savage en su criminal intento de asesinar á la Reina de Inglaterra, y que fueron éstos Barnewel, Tiliney, Abington y Tichbourne. Los demás debían esparcirse por los diversos condados y ponerse al frente de los que allí habían de levantarse para proteger la huída de María Estuardo hasta la frontera de Escocia ó hasta el lugar escogido para el desembarco de los invasores españoles y franceses.

Retiráronse los conjurados ya muy entrada la noche, uno á uno y con grandes precauciones, sin sospechar siquiera que allí mismo, mano á mano y bajo el mismo techo, habían tenido á los traidores que les estaban vendiendo. Era uno aquel personaje Maud, amigo de Ballard, que había comido con Babington y presenciado clandestinamente toda la reunión desde la tribuna de los músicos. Era el otro, y vergüenza da decirlo, uno de aquellos mismos nobles caballeros, Roberto Poley, vendido por completo á Walsingham, y colocado allí mismo por éste para espiar y denunciar lo que pensaban y hacían sus confiados compañeros.

Supo, pues, Walsingham aquella misma noche y por dos diversos conductos todo lo acaecido en la Torre de San Gil, y apresuróse á redoblar sus precauciones y arrieras en Chartley, en torno de la Reina de Escocia. Hacíase cada vez más frecuente y numerosa la correspondencia de María, á medida que la conspiración adelantaba, y al tratarse ya de su libertad, envió ésta á Babington algunas notas referentes á sus planes, escritas de mano de su secretario Nau. Esto era lo que esperaba Walsingham para comprometer á la Reina de Escocia en la trama del asesinato de Isabel, como ya se había comprometido ella misma en la de restaurar el catoli-

cismo y llevar al Príncipe Jacobo á Roma ó á España. Mas ya fuese porque semejante proyecto de asesinato no existió nunca como dicen unos; ya porque de haber existido se ocultó siempre cuidadosamente á la Reina de Escocia, como aseguran todos, es lo cierto que en ninguna de aquellas cartas y notas de María que el traidor Gifford llevaba á Walsingham se encontró una sola palabra que pudiera demostrar su complicidad, ni aun siquiera su aquiescencia al real ó fingido proyecto de asesinato.

No pudiendo, pues, Walsingham conseguir lo que deseaba, ó sabiendo muy bien desde luego que no había de lograrlo, cometió la inicua felonía de inventar él, con ayuda del falsario Phelipps, las comprometedoras cartas.

